

La Primavera Árabe: el largo camino de un proceso de transición democrática*

/ The Arab Spring: The Long Road to Democratic Transition

*Recibido: 8 de enero de 2013. Aceptado: 19 de febrero de 2013.

Tla-Melaua, REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México / ISSN: 1870-6916 / Nueva Época, Año 7 N° 34, Abril — Septiembre 2013, pp. 6-25.

RESUMEN

Las transiciones en el mundo árabe están marcadas de una gran responsabilidad histórica, donde el cambio de régimen político no se debe reducir sólo a la dimensión política, es decir, al poder y al conjunto de pautas —explícitas o no— que definen los canales de acceso a los cargos de gobierno. Sino también a una agenda de transformación socio-cultural profunda que compatibilice democracia y religión. Por tal motivo, el objetivo del presente estudio es analizar a dos años de iniciada la Primavera Árabe, el proceso de transiciones con la aparición de nuevos regímenes alejados de la dimensión secular de la política.

PALABRAS CLAVE

Primavera Árabe, transición, democracia.

ABSTRACT

The transitions in the Arab world are marked by a historical responsibility, where the change of political regime should not be reduced only to a political dimension, i.e. the power and explicit set of guidelines-defining or not-that define the access channels to government positions. But also to an agenda of deeper socio-cultural transformation that reconciles democracy and religion. Therefore, the aim of this study is to analyze two years into the Arab Spring, the transition process to the emergence of new regimes distant from the secular dimension of politics.

KEYWORDS

Arab Spring, Transition, Democracy.

** Director Adjunto del Instituto de Rosario de Estudios del Mundo Árabe (IREMA) de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. (lic_rpr@hotmail.com)

1. La Primavera Árabe: el largo camino de un proceso de transición democrática / 2. La excepcionalidad árabe en el contexto regional e internacional / 3. Las condiciones de la Primavera Árabe / 4. El largo camino iniciado el día después / 5. Consideraciones finales / 6. Referencias

1. LA PRIMAVERA ÁRABE: EL LARGO CAMINO DE UN PROCESO DE TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

A lo largo de los años, el sistema internacional ha sido testigo de procesos de transición a la democracia en diferentes regiones del mundo. Las transiciones de regímenes autoritarios a regímenes democráticos fueron procesos no exentos de obstáculos, de marcha y contramarcha así como de un largo aprendizaje y transformación socio-cultural por el que tuvieron que atravesar los países.

La *tercera ola* de democratización —como la ha dado en llamar Samuel Huntington— se inició en la Europa mediterránea, continuó en América Latina en la década de los ochenta y tocó tierra en los países de Europa Central y Oriental en los noventa con el advenimiento de la caída del Muro de Berlín y el fin de los denominados socialismos reales.¹ Sin embargo, hubo una región que permaneció exenta del germen democrático y que se ubica entre el Medio Oriente y el Norte de África coincidiendo con el denominado Mundo Árabe, la que es identificada por el acrónimo en inglés MENA.²

El mundo árabe que había permanecido ajeno a las olas democratizadoras en el sistema internacional inició un proceso de transformación alterando el clima de supuesta estabilidad que gozaban los países, dando cuenta de un terreno movedizo como las arenas que caracterizan la topografía del lugar. La “excepcionalidad árabe” o el “déficit democrático” que era el reflejo del invierno gélido —en términos políticos— que impregnaba a la región se vio alterado a partir de los acontecimientos de principios de 2011 cuando se inició la Primavera Árabe.

Desde entonces, nada ha permanecido igual, inclusive en aquellos países que pudieron sortear el temido efecto contagio recurriendo a una miríada de medidas políticas y económicas para neutralizar la ola expansiva. Si bien

¹ Con relación a las regiones y países que atravesaron la denominada Tercera Ola de democratización en el sistema internacional, se recomienda ver la obra de: Huntington, Samuel, *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, USA, Norman, University of Oklahoma Press, 1991.

² En este trabajo se emplea en consonancia con la literatura especializada la sigla MENA (Middle East and North Africa) para dar cuenta del conjunto de países árabes que la integran, a saber: Arabia Saudita, Argelia, Bahrein, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Iraq, Jordania, Kuwait, Líbano, Libia, Marruecos, Mauritania, Omán, Palestina, Qatar, Siria, Túnez, y Yemen.

cuatro jefes de Estados han sido removidos en el fragor de los acontecimientos, la misma debe ser entendida como un proceso. Y como tal, no sólo despierta esperanzas e incertidumbres para los actores involucrados *in situ* sino también para el resto de los actores que componen la comunidad internacional. Las transiciones no necesariamente conducen al mejor de los mundos y, como sostienen O'Donnell y Schmitter,

están delimitadas, de un lado, por el proceso de disolución de un régimen autoritario, y por el otro, por el establecimiento de alguna forma de democracia, el retorno a algún tipo de régimen autoritario o el surgimiento de una alternativa revolucionaria.³

De tal modo, la incertidumbre y la indeterminación continúan siendo los rasgos distintivos en el transcurso del proceso cuando éste aún no ha acabado, en el que el optimismo inicial puede dar lugar a la desazón, situación —como se podrá ver en las próximas líneas— que ocurrió con el devenir de la Primavera Árabe.

Si bien otras experiencias de transiciones hacia la democracia en el mundo pueden servir de ejemplo, no se debe perder de vista la singularidad que reviste el conjunto de países que integran el mundo árabe y que se encuentran diseminados en la región del MENA, donde las categorías analíticas y las lentes teóricas tradicionales se ajustan más a una realidad como la occidental. El intentar yuxtaponer experiencias sin una adecuada lectura del escenario árabe puede conducir a equívocos en donde aparece —a diferencia de otros casos en el mundo— un factor identitario importante como lo es la religión islámica. En otras palabras, la ausente en las revueltas pero la presente en el largo camino iniciado de la transición.

En tal sentido, las transiciones en el mundo árabe están marcadas de una gran responsabilidad histórica, donde el cambio de régimen político no se debe reducir sólo a la dimensión política, es decir, al poder y al conjunto, pautas, explícitas o no, que definen los canales de acceso a los cargos de gobierno. Sino también a una agenda de transformación socio-cultural profunda que compatibilice además democracia y religión. De lo contrario, la misma sería sólo superficial, reemplazaría un régimen político por otro, pero no atendería a las causas que precipitaron las transiciones.

El objeto del presente estudio es analizar, desde la disciplina de las Relaciones Internacionales —y a dos años de iniciada la Primavera Árabe— el proceso de transiciones democráticas en Túnez y Egipto, con la aparición de nuevos regímenes alejados de la dimensión secular de la política. La

³ O'Donnell, Guillermo y Schmitter, Philippe, *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010, p. 29.

elección de ambos países responde a que fueron los únicos que avanzaron —cada uno con sus tiempos y formas— el largo camino de la transición democrática.

Para tal fin, se considera importante identificar las condiciones de “excepcionalidad democrática” de los países árabes en el contexto regional e internacional. Luego se procede a describir las condiciones que hicieron posible la Primavera Árabe y, por último, dar cuenta del *largo camino de transición* que han emprendido las nacientes democracias (islámicas).

2. LA EXCEPCIONALIDAD ÁRABE EN EL CONTEXTO REGIONAL E INTERNACIONAL

A lo largo de los años, la región del MENA ha sido protagonista de conflictos interestatales, rivalidades religiosas y presiones externas producto de intereses geopolíticos inherentes al funcionamiento de la política internacional. El mantra de relativa estabilidad política interna que, en términos generales, rodeaba al mundo árabe diseminado por la misma, estaba en consonancia con los intereses geoestratégicos de las grandes potencias. Durante la Guerra Fría y con posterioridad a ella, Occidente no cuestionó abiertamente a los tipos de regímenes no democráticos en la región en virtud de que eran un reaseguro de estabilidad regional. Primero en contra del comunismo, segundo en contra del temido islamismo o Islam político, y tercero en contra del terrorismo internacional.⁴

Con el fin de la Primera Guerra Mundial, y la descomposición del Imperio Otomano, el rediseño regional dio a luz a Estados nacionales modernos bajo el prisma westfaliano que adoptaron como régimen político el sistema monárquico, heredero de la tradición europea. Sin embargo, algunos de los nuevos Estados impugnaron el sistema de gobierno por medio de *coups d'Etat* promediando el siglo XX, al proclamar las banderas del *panarabismo* y el secularismo. En ese contexto, la creación del Estado de Israel en 1948 se constituyó en la principal amenaza al interés nacional de los países árabes —los cuales participarían en 4 guerras regionales—, legitimando la presencia de las Fuerzas Armadas como un actor de importancia en la vida política e institucional de los mismos.⁵

⁴ A fines de la década de los 70 el islamismo o islam político que pregona el retorno a la religión como fundamento del orden público y privado vino a superar como fuerza política a las ideologías panarabistas que estuvieron en boga desde mediados del siglo XX. Desde el islam, en su vertiente *sunnita*, la Hermandad Musulmana fue adquiriendo fuerza en las respectivas sociedades donde se profesa dicha confesión religiosa (Egipto, Siria, Palestina). Por su parte, el islam político tomó nuevos bríos en su vertiente *shíita* luego de la Revolución Islámica de Irán, el cual se percibió como una amenaza, especialmente en aquellos países con poblaciones que profesan el Islam *shíi*. El caso paradigmático fue la creación por parte de Irán del Partido de Dios *Hezbollah* en el Líbano.

⁵ A lo largo de los más de 60 años del conflicto árabe-israelí, se desarrollaron cuatro guerras en la que se

El desequilibrio regional que produjo la Revolución Islámica de Irán en 1979 condujo a las petromonarquías del Golfo —Arabia Saudita, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Omán y Qatar— y a las repúblicas presidencialistas árabes —Egipto, Siria, Libia, Túnez y Yemen— a enfrentar una nueva amenaza. Por un lado, Israel —pese al establecimiento de relaciones diplomáticas con Egipto en 1979 y con el reino Hachemita de Jordania en 1994— continuaba siendo enemigo pero, por el otro, la República Islámica de Irán desafiaba a la seguridad de los países árabes con la posibilidad de expandir el Islam Político revolucionario. Desde entonces, el mundo occidental privilegió el vínculo con los países árabes so pena de que ninguno era una democracia. Las petromonarquías eran aliadas estratégicas para el suministro de crudo y la seguridad energética que requiere para su funcionamiento la economía internacional. Las repúblicas presidencialistas consideradas “moderadas y aliadas” a los intereses de las potencias occidentales eran socias en la lucha contra el islamismo y el terrorismo internacional. Mientras en diferentes regiones del mundo se emprendía un proceso de democratización, el mundo árabe gozaba de una “excepcionalidad”, poniéndose de manifiesto el tradicional *doblo rasero* de Occidente hacia los países de la región.

Sin embargo, el 11-S actuó como un gran catalizador frente a la percepción de vulnerabilidad en materia de seguridad nacional e internacional para la administración republicana de George W. Bush, la cual planteó una nueva línea estratégica alejada de los presupuestos que signaron, desde los albores de la Guerra Fría, el diseño de la política exterior. La otrora *contención* del enemigo dio paso a la acción *preventiva y unilateral* en una lucha entre el bien y el mal, sin importar los costos en los que podía incurrirse. De esa manera, la lucha global contra el terrorismo internacional se centró en la región del MENA con una estrategia de combate militar sobre la principal red terrorista: Al-Qaeda. La administración republicana buscó los denominados *targets*, y aplicando una ecuación directa entre terrorismo y régimen político hostil, intervino militarmente en el emirato de Afganistán donde el régimen de los Talibán era liderado por el Mullah Omar, quien permitió que Osama bin Laden operara desde 1996 con la organización Al-Qaeda en la provincia de Kandaghar, fronteriza con Pakistán.⁶

enfrentaron los países árabes con Israel: la Guerra de independencia de 1948-1949, la Guerra del Canal de Suez de 1956, la Guerra de los Seis Días de 1967 y la Guerra de Yom Kipur o Ramadán de 1973.

⁶ *Al-Qaeda* (La Base) es un grupo terrorista islámico de vertiente salafista que comenzó a operar a mediados de la década de los noventa con el objeto de recabar estadísticamente el número de *Muyahidín* (plural de guerreros) en el Norte de África y Medio Oriente. Si bien es una organización que opera de forma horizontal a través de células esparcidas en 62 países, las cuales no necesariamente tienen contacto entre sí, tuvo como mentor intelectual a Osama bin Laden. A la organización se le atribuyeron varios atentados antes del 11-S, entre ellos, las bombas que estallaron contra las torres Khobar en Arabia Saudita, en las embajadas norteamericanas en Nairobi (Kenia) y Dar es Salaam (Tanzania) en

Mientras en Afganistán se llevaba adelante la “supuesta estabilización política”, buscando instaurar la democracia como régimen político, en febrero de 2002, el presidente Bush declaró en su discurso anual sobre el *Estado de la Unión*, que los Estados Unidos estaban en una *Guerra sin Fin* y que los enemigos no eran sólo los grupos terroristas sino también los países integrantes del denominado “*Eje del Mal*”. De ese modo, se habilitó la intervención militar sobre el Iraq gobernado por Saddam Hussein a principios de 2003.

La intervención militar de carácter *preventivo y unilateral* no debía ser, supuestamente, una política de puro poder o una mera demostración de fuerza. Por tal motivo, la administración Bush, adscribiendo a una versión *aggiornada* de la tesis de la Paz Democrática, terminó considerando —según Fukuyama y Mac Faul— que

la consolidación de regímenes democráticos en el Gran Medio Oriente sería de esperar para incrementar la legitimidad de los gobiernos y de esa forma reducir el apego a los movimientos antisistémicos tales como Al-Qaeda.⁷

De ese modo, la expansión de la democracia generaría estabilidad interna y reduciría la probabilidad de conflictos entre Estados, los cuales no fomentarían el terrorismo internacional ni la adquisición de armas de destrucción masiva.

En tal sentido, democracia y estabilidad no fueron de la mano. Por el contrario, la primera fue en detrimento de la segunda porque, en el caso de Afganistán, los Talibán continuaron operando en el sur del país en la frontera con Pakistán y perfeccionaron su accionar de carácter terrorista gracias al entrenamiento recibido en los campos iraquíes y a los nuevos elementos explosivos empleados que llevan el *made in* Al-Qaeda. Una situación análoga, pero tal vez de mayor gravedad, se puso de manifiesto en Irak. En mayo de 2003 se abrió una etapa de *insurgencia descentralizada de bajo nivel* con varios actores subnacionales luchando entre sí, en una guerra civil confesional no declarada formalmente, a la cual se agregó la irrupción de células terroristas de Al-Qaeda provenientes de países vecinos que ingresaron y operaron en el país.

La presión que generaba la *Lucha Global contra el Terrorismo Internacional* y la instauración de la democracia condujo a varios países del MENA a ensayar reformas aperturistas en los respectivos sistemas políticos. En el caso

1998, y sobre el destructor *Cole* de bandera norteamericana en aguas territoriales de Yemen en el 2000. Véase: Jacquard, Roland, *En nombre de Osama bin Laden. Las redes secretas del terrorismo islámico*, Buenos Aires, Salvat, 2001.

⁷ Fukuyama, Francis y Mac Faul, Michael, “Should democracy be promoted or devoted?”, *The Washington Quarterly*, Washington, volume 31, No. 1, Winter 2007, pp. 23-45.

de Egipto, a partir de 2005 se permitió la presencia de partidos opositores, primero en las elecciones legislativas y luego en las presidenciales. En Siria, Jordania, Túnez y Marruecos se permitió la existencia de algunos partidos opositores en las elecciones parlamentarias y en Arabia Saudita se permitió votar por primera y única vez en las elecciones municipales para la elección de autoridades de 2005.

Para muchos, estas medidas eran interpretadas como las primeras reformas necesarias para dar inicio a una transición, donde se debía apoyar a los elementos blandos del régimen y pasar, por lo pronto, a una *dictablanda*. Sin embargo, esas medidas respondían a las presiones internacionales que se cernían sobre los gobiernos árabes y que terminaron siendo concesiones, desde arriba o desde el poder, perfectamente diseñadas.

Los regímenes autoritarios árabes han tenido la particularidad de perfeccionar los mecanismos de control por medio de una combinación de represión, a través de la temida *mukhabarat* —la policía secreta y los servicios de inteligencia— y la cooptación de la oposición y otros sectores sociales al sistema político. En efecto, los autoritarismos tienen la habilidad política de manejar el poder y, como sostiene Larry Diamond,

cuando la presión aumenta, tanto desde dentro de la sociedad como desde fuera, el régimen afloja sus restricciones y permite más actividad cívica y una arena electoral más abierta, hasta cuando parece que la oposición política podría volverse demasiado seria y eficaz. Entonces el régimen vuelve a los métodos más de mano dura de manipular las elecciones, restringir el espacio político y arrestar a los sospechosos habituales.⁸

Tanto en las petromonarquías como en las repúblicas presidencialistas la maquinaria política de ambos regímenes funcionó de manera aceitada, coincidiendo en la estructura autoritaria y permitiendo a las élites gozar de estabilidad en el juego político. Pero esa situación fue profundizando el divorcio con las respectivas sociedades que comenzaron a atravesar por condiciones objetivas de inestabilidad, como se podrá ver en el próximo apartado.

3. LAS CONDICIONES DE LA PRIMAVERA ÁRABE

El 17 de diciembre de 2010 es una fecha marcada por un gran simbolismo. Mohamed Bouazizi, un joven vendedor de frutas tunecino en la pequeña ciudad de Sidi Bouzid, nunca hubiera imaginado que la drástica decisión

⁸ Diamond, Larry, “Los Obstáculos a la Democracia en los Países Árabes”, *Journal of Democracy en Español*, Chile, volumen 3, julio de 2011, pp. 231-244.

de poner fin a su vida tendría grandes repercusiones políticas en el mundo árabe. El despertar árabe captó la atención de la comunidad internacional escapando de las previsiones de muchos gobiernos y de los altamente especializados servicios de inteligencia que operan en los países diseminados desde el Magreb hasta el Oriente Próximo.

El 2011 no comenzó como un simple año más. Las revueltas populares que se iniciaron en Túnez y que dieron lugar a la denominada *Revolución de los Jazmines* gestaron una ola expansiva en un proceso cuyas consecuencias aún están lejos de ser cabalmente dimensionadas. Cuando todo parecía indicar que los acontecimientos del 14 de enero, día en el que el presidente Zayn al-`Abidin Ben Ali dimitió exiliándose en Arabia Saudita llegaba a su fin, las manifestaciones se replicaron en Egipto, Libia y en la región del Medio Oriente. El mundo se hacía eco de lo que se dio en llamar la Primavera Árabe.

La Primavera Árabe fue el nombre que se popularizó en los medios de comunicación para mostrar los cambios que estaban aconteciendo en las sociedades civiles que despertaron de la opresión impugnando a los regímenes políticos vigentes. Así, para algunos lo acontecido en la Primavera de Praga de 1968 permitía identificar y renombrar a los hechos del mundo árabe. Pero para otros, los acontecimientos se inspiraban en 1848 con la Primavera de los Pueblos, es decir, cuando la vieja Europa era sacudida por el germen democrático. En un caso como en el otro, la Primavera había sido aplastada pasando directamente a un Invierno gélido, ya sea con la intervención del Pacto de Varsovia a través del ejército rojo o con las fuerzas reaccionarias antidemocráticas oponiéndose al cambio en la Francia del siglo XIX.

Ahora bien, cuando se alude a la Primavera en términos políticos se hace referencia a una nueva época, a un cambio, a un despertar en la superficie de lo que antes estuvo dormido. Sin embargo, la Primavera también trae consigo efectos no deseados para aquellos que sufren sus consecuencias, rinitis, alergias etc. Esta simple metáfora es la que nos permite entender a la Primavera Árabe como un proceso que despierta esperanzas así como incertidumbres no sólo para los actores involucrados *in situ* sino también para el resto de los actores que componen la comunidad internacional.

Las revoluciones que se sucedieron a lo largo de la historia cuestionaban el principio de legitimidad vigente, reemplazaban a la clase política gobernante por otra y cambiaban el orden político imperante por medio del derramamiento de sangre. En el caso de la Primavera Árabe se asistió a *revueltas*, generalmente pacíficas, que terminaron siendo *revolucionarias* cuando lograron remover o precipitar cambios en los gobiernos árabes. Sin embargo, en todas ellas apareció un indicador común: no se identificaba una hoja de ruta para el denominado día después ni los líderes políticos encargados de gestionar los cambios.

El *vacuum* percibido detrás de las revoluciones árabes no se ajustaba a los modelos de transiciones hacia la democracia ocurridos en otras partes del mundo. Tampoco para los estudios previos realizados con relación al mundo árabe. Entre esos estudios se puede traer a colación el de Richard Alan, quien proponía en su modelo cumplir con tres condiciones necesarias para la transición hacia la democracia. Primero, debía existir un número de actores dentro del régimen autoritario convencidos de llegar a un acuerdo con los oponentes moderados del régimen. Segundo, los reformadores al interior del régimen necesitaban convencer a las fuerzas militares y de seguridad para cooperar con el cambio de régimen y tercero, los moderados tenían que controlar entre sus aliados al ala opositora más radicalizada al régimen, con el fin de generar un clima de confianza hacia la transición pactada.⁹ Sin embargo, la realidad de los acontecimientos mostraba la ausencia de partidos políticos opositores, la falta de líderes revolucionarios y programas políticos alternativos.

Claramente llamó la atención cómo la inmolación de Mohamed Bouazizi —contestando a la represión policial— consternó a la sociedad tunecina que se movilizó el 14 de enero exigiendo la renuncia del presidente Ben Alí, luego de más de dos décadas en el poder. El fuerte contenido simbólico de este hecho radicó en la aparición del “individuo” como sujeto activo del quehacer político en las sociedades árabes, donde tradicionalmente impera la jerarquía y la sumisión al clan, la tribu o al gobernante como una suerte de *páter familia*. El suicidio, terminantemente prohibido en la cultura árabe musulmana, no fue el disparador de una condena social sino el catalizador de la “desesperación individual”,¹⁰ pero también de la “indignación” de las sociedades civiles que se despertaron reclamando cambios.

La pérdida del miedo a la represión frente a toda manifestación pública se hizo en pos de las demandas de cambios políticos tangibles e inmediatos. La calle pasó a convertirse en el espacio vital de los reclamos al poder, y el medio de las convocatorias fueron las redes sociales como *Facebook* y *Twitter* que escaparon a la censura gubernamental en la era de la globalización. La apelación a la apertura política, la dignidad y la libertad se tradujeron en el pedido por la instauración de la *democracia* pero a secas y sin adjetivos —liberal, social, árabe o islámica—, bajo un discurso contestatario cristalizado en dos palabras: “fuera” y “basta”.

Más allá de las especificidades de cada sociedad, las mismas compartían síntomas de cansancio ante las condiciones objetivas de paro —que afecta

⁹ Richards, Alan, “Democracy in the Arab region: getting there for here”, *Middle East Policy*, Washington, volume XII, N° 2, 2005, pp. 28-35.

¹⁰ Alccaro, Ricardo y Haubrich-Seco, Miguel, *Re-Thinking Western policies in light of the Arab Uprisings*, Roma, Edizioni Nuova Cultura, 2012, p. 11.

mayoritariamente a la población joven sin expectativas en el futuro—, de inflación y de pobreza que se agravaron como consecuencia de los efectos de la crisis económica mundial desatada en 2008. Pero también por la percepción de corrupción estructural de la clase dirigente y de las grandes familias ligadas al poder, y por la ausencia de libertades reales de los regímenes políticos, independientemente de su naturaleza republicana o monárquica. De tal modo, que la excusa oficial de que el pueblo no estaba preparado para vivir en democracia o que la necesidad de gobiernos fuertes era la mejor alternativa ante la amenaza islamista o el terrorismo dejó de tener un sustento lógico.

Por tal motivo, la impugnación a los regímenes políticos de corte autoritario tiene un trasfondo económico y social difícil de soslayar. El Informe de Desarrollo Humano Árabe publicado por el PNUD en 2005 planteaba que el déficit agudo de libertad y buen gobierno en el mundo árabe era el principal obstáculo al renacimiento árabe.¹¹ Situación que, como se expresó en líneas arriba, se exacerbó con la crisis internacional poniendo de manifiesto un creciente malestar social. Tal vez una de las cuestiones que han pasado desapercibidas durante las revueltas ha sido la aplicación desde los noventa de políticas neoliberales y sus efectos en el conjunto de las sociedades árabes. Las mismas estuvieron lejos de disminuir el rol del Estado en la economía, generando, por el contrario, las condiciones para un mayor desenvolvimiento de un sector privado ligado a éste a través de lazos clientelares y de familia.¹²

La crisis económica se manifestó en una caída de la actividad en todos los sectores, con saldos negativos en la cuenta corriente de la balanza de pagos, especialmente en los países no exportadores de petróleo, disminución de las reservas internacionales debido al pago de la deuda y de las crecientes importaciones para cubrir la demanda interna, la salida de capitales y un aumento de los precios de los productos básicos. Los flujos de Inversión Externa Directa bajaron por un aumento de la aversión al riesgo así como también cerraron sus puertas empresas por la crisis en Egipto, Túnez y Siria. El déficit fiscal se agravó como consecuencia del gasto de la demanda social, pero también la caída del empleo, generando esto último un aumento de la

¹¹ *Informe de Desarrollo Árabe Humano 2004*, New York, PNUD, 2005, p. 5. [Consulta 15 de enero de 2013] Disponible en: http://hdr.undp.org/en/reports/regional/arabstates/RBAS_ahdr2004_EN.pdf

¹² La configuración de un *capitalismo de amigos* (*crony capitalism*) significó la aparición de un sector privado no competitivo y sin capacidad de generar nuevas fuentes de trabajo que pudiera absorber la mano de obra desocupada. El concepto de *crony capitalism* hace referencia a aquellas sociedades basadas en un vínculo estrecho entre el mundo de los negocios y el Estado. Así, el tipo de Estado Rentístico acostumbrado a vivir de los ingresos del petróleo, de las remesas externas o del turismo convivió con la falta de diversificación productiva y la informalidad en el mercado de trabajo. Los elevados índices de corrupción de las élites ligadas al poder y las familias gobernantes aprovecharon los nuevos negocios —de empresas de servicios privatizadas— que se desarrollaron en ese contexto económico a costa de una pronunciada exclusión social.

pobreza y la desocupación de un 15% promedio, sobre todo en los jóvenes profesionales. El malestar social por falta de expectativas de participación en el futuro económico era producto de la desconexión o falta de interacción de las demás clases sociales con los sectores económicos dominantes.

En términos generales, la Primavera Árabe puso al descubierto el tipo de sociedades cerradas, marcadas por la falta de integración política (sólo reservada a los respectivos miembros del régimen) y de integración social que excluía a vastos sectores de la sociedad, entre ellos a los jóvenes que en el mundo árabe —fruto del crecimiento demográfico— representan un 50% de la población, viven en zonas urbanas y acceden a los medios de comunicación no tradicionales que no controlan los aparatos de seguridad del Estado. Tal como lo ilustra la utilización de las tecnologías 2.0 en el contexto de las manifestaciones.

No obstante la efervescencia política que la misma despertó, afectó de distintas maneras al heterogéneo mundo árabe. Las *revueltas* devenidas en *revoluciones* se produjeron en los países con regímenes presidencialistas autoritarios —devenidos en proyectos hereditarios— y no en los de tipo monárquico.¹³ Siria fue el país que inició el carácter “hereditario” de dichos regímenes, cuando el presidente Hafez Al Asad, con 30 años en el poder, modificó la constitución para que su hijo Bashar Al Asad asumiera en el año 2000.¹⁴ En Túnez, Ben Ali, con 23 años en el poder, se preparaba para ceder el cargo (previas elecciones manipuladas) a su hijo Mohamed. En Egipto, Hosni Mubarak, con 30 años en el poder, proponía a su hijo Gamal (lo cual era resistido por el ejército); en Yemen Ali Abdullah Saleh, con 33 años en el gobierno, intentaba una nueva reelección o ceder el puesto a su hijo Ahmed; y en Libia, el coronel Muamar Gadafi, con casi 42 años rigiendo los destinos del país, postulaba a Saif el Islam como su sucesor.

Las manifestaciones expresaban el descontento económico y social, y pedían una solución de carácter político a los respectivos gobiernos. Sin embargo, las respuestas fueron una mixtura de medidas donde la solución estaba en la aplicación de medidas económicas para acallar el descontento social, tales como el aumento de salarios, el aumento de subsidios para los

¹³ Cabe mencionar que las manifestaciones se replicaron en el Reino de Bahréin, donde la comunidad *shiíta* reclamaba por una apertura del régimen. La amenaza de un posible fin de la monarquía generó la inmediata invasión al país con tropas sauditas en el marco del Consejo de Cooperación del Golfo, evitando así, la alteración de la estabilidad en las geoestratégicas petromonarquías del Golfo.

Asimismo, dos reinos árabes que no se encuentran en el Golfo emprendieron reformas de manera simultánea con los acontecimientos de la Primavera Árabe. Marruecos emprendió una reforma constitucional en la que el rey cedía atribuciones al parlamento y en Jordania se removió al Primer Ministro y se permitió que el parlamento lo elija con la supervisión del rey.

¹⁴ Al momento de escribir estas líneas, Siria está inmersa en una profunda guerra civil entre la mayoría *sunníta* y la minoría *alauíta* del régimen que gobierna hace más de 40 años. Por el momento, la comunidad internacional no ha podido frenar la violencia que ha cobrado la vida de 60.000 personas, un millón de refugiados y miles de heridos.

productos básicos o la creación de nuevos puestos de trabajo en la administración pública para insertar a la mayoría de jóvenes profesionales desempleados. Pero las medidas de naturaleza política resultaron ser tibias, por ejemplo, los anuncios de no presentarse a las próximas elecciones, las renunciaciones de las segundas y terceras líneas de los cuadros de gobierno o las promesas de retomar las postergadas reformas políticas, todas ellas con el fin de demostrar la voluntad de los gobiernos de cumplir con una primera apertura. Este conjunto de medidas venía a ser la zanañoria seguida por el palo de la represión a todo tipo de protestas con el fin de propiciar la vuelta al *status quo* alterado.

Empero, y como ya se mencionó, la pérdida del miedo a la represión de los aparatos de seguridad del Estado se evidenció en las sociedades civiles con regímenes presidencialistas que al tornarse hereditarios los convertía — en términos de Jack Goldstone — en *dictaduras sultanísticas*. Es decir, aquellos regímenes que poseen líderes nacionales —sin una ideología más que la concentración del poder en la autoridad del líder—, que preservan aspectos formales de una democracia —elecciones, asambleas nacionales, partidos políticos, constituciones—, que gobiernan bajo el estado de emergencia —con la despolitización de la sociedad civil y la ausencia de instituciones—, que emplean un sistema de patronazgo —con el que promueven el bienestar con subsidios sobre los alimentos y la gasolina, el desarrollo económico a través de una cierta industrialización y la exportación de *commodities*— y donde se ejerce el control con las fuerzas de seguridad subordinadas al poder ejecutivo gracias al empleo de prebendas y espacios de poder en los aparatos del Estado.¹⁵

La Primavera Árabe cambió el tradicional mapa en el MENA donde el mosaico de regímenes políticos se dividía en repúblicas y petromonarquías. En este punto es importante plantear las siguientes salvedades: primero, la Primavera Árabe puso a fin a los regímenes como los mencionados más arriba, los cuales tenían un componente distintivo, eran regímenes seculares, apoyados por el mundo occidental. Segundo, en el desarrollo de los acontecimientos, fue sorprendente lo que se podría llamar el “silencio táctico” de los grupos islamistas que se sumaron a las revueltas junto a los distintos sectores liberales y reformistas que participaban en las manifestaciones. Por primera vez no eran reclamos de carácter religioso como *Ala Akbar* (Dios es el más grande) ni el apoyo a líderes mesiánicos para ensayar una salida islámica ni exclamaciones antiisraelíes o antinorteamericanas lo que estuvo presente en las movilizaciones. Y tercero, de los dos países que emprendieron la transición hacia la normalidad institucional, los partidos ganadores fueron los entonces perseguidos del régimen, es decir, los islamistas, los cuales se

¹⁵ Goldstone, Jack, “Understanding the Revolution”, *Foreign Affairs*, volume 90, N° 3, may-june 2011, p. 9.

cuidaron de no granjearse la condena internacional, dando garantías de la compatibilidad entre democracia e islam.¹⁶

4. EL LARGO CAMINO INICIADO EL DÍA DESPUÉS

Cuando se analizan los regímenes presidencialistas de corte hereditario, el tiempo que permanecieron en el poder y lo rápido que se derrumbaron, se detecta, por un lado, la pérdida del miedo de las sociedades civiles que reclamaron por cambios políticos tangibles para resolver la situación de frustración y humillación que atravesaban. Por el otro, la falta de adaptación de los mismos a las transformaciones sociales y económicas que mostraban el claro divorcio que existía con relación al pueblo.¹⁷ De allí que, con el fin de encontrar apoyo externo frente a la represión, apelaron a conspiraciones externas o a la infiltración de elementos de Al-Qaeda, argumentos que no hallaron la respuesta esperada.

Una vez superados los históricos acontecimientos que sacudieron al mundo árabe, la ausencia de una hoja de ruta para el día después era notoria. Se tornaba difícil estabilizar los países cuando los nuevos rostros políticos eran desconocidos o tenían que organizarse en partidos luego de años de proscripción. Solo Túnez y Egipto fueron los países que llamaron a elecciones democráticas, libres y sin proscripciones para elegir a los miembros de las respectivas asambleas encargadas de redactar las nuevas constituciones.

En este nuevo escenario hubo dos perdedores y un triunfador, en el cual se depositaba precisamente la tarea no menor de refundar la vida política del país. Por un lado, el progresismo político que estuvo ausente en la contienda electoral como alternativa y los liberales que sólo pudieron captar el apoyo de los sectores jóvenes y profesionales en las grandes ciudades. Por el otro, los otrora perseguidos de los regímenes seculares se convirtieron en las fuerzas políticas ganadoras, es decir, los islamistas.

¹⁶ Es importante aclarar que en el caso de Libia, el Consejo Nacional de Transición desde el derrocamiento del coronel Gadafi con apoyo occidental (la OTAN) no ha logrado estabilizar la vida política del país. El antiguo régimen concentrado en manos del Líder —como se hacía llamar— escondía una realidad más difícil. Por un lado, un país separado en tribus pero también en dos corrientes islámicas antagónicas, los salafistas y los sufíes. Por el otro, un territorio donde no sólo había que construir el Estado sino también hacer coincidir en un mismo proyecto político a las regiones de la Cirenaica y la Tripolitania.

En el caso de Yemen, la alternativa que se planteó fue convencer al presidente Saleh de que dimitiera sin que ello implique la remoción de las máximas figuras del régimen. Esta alternativa se logró con el auspicio del vecino Reino de Arabia Saudita con el objeto de que el país no se divida entre un Yemen del Norte y del Sur como había ocurrido hasta 1990. Para ello se trató de negociar y llegar a un equilibrio de fuerzas con todas las tribus que componen la estructura social del país.

¹⁷ Resulta llamativo cómo Gadafi nunca entendió que la blogósfera, en pleno contexto de la globalización, no podía controlarse con los tradicionales y omnipresentes aparatos de seguridad. Por tal motivo, acusó a los jóvenes en la ciudad de Bengasi —donde se iniciaron las protestas— de haber mezclado Nescafé con sustancias alucinógenas.

Los antecedentes de elecciones democráticas que consagraban como ganador al candidato de un partido islámico no son nuevos en el mundo árabe. En Argelia el Frente Islámico de Salvación (FIS) en 1992 y en Palestina la Autoridad Nacional Palestina (Hamás) en 2006 ganaron las elecciones libres con la presencia de observadores internacionales que dieron fe de la transparencia de los comicios. Sin embargo, la presión de algunos actores de la comunidad internacional rechazó los resultados y se prefirió la continuidad del *statu quo*. Para muchos analistas, ello significaba que existía un doble rasero por parte de la comunidad internacional —como se mencionó en apartados anteriores— de apoyo a la democracia en el sistema internacional pero de rechazo al juego democrático, es decir, cuando los ganadores políticos no eran los esperados en el mundo árabe.

En el caso de Túnez y Egipto, los partidos religiosos *Ennahda* e *Ikhwan* —ambos pertenecientes a la *Hermanidad Musulmana*— ganaron respectivamente las elecciones con el apoyo de otros partidos religiosos minoritarios, lo que les ha permitido lograr el mayor número de representantes en las Asambleas constituyentes.¹⁸

Varios son los factores que permiten explicar por qué las poblaciones se orientaron mayoritariamente a elegir los mencionados partidos de corte religioso. Primero, ellos ganaron la legitimidad y el reconocimiento como la alternativa política en el nuevo escenario, por haber encarnado durante los antiguos regímenes, la verdadera oposición.

Segundo, en los años de proscripción o persecución, fueron los únicos actores que realizaban la asistencia social aliviando los problemas económicos del día a día. Especialmente, cuando se comenzaron a aplicar a principios del siglo XXI las recetas neoliberales del Consenso de Washington que agravaron la fractura social.

Tercero, en el contexto de las campañas electorales, pudieron articular un discurso simple hacia todos los sectores sociales con el slogan *Al-Islam Houa al-Hall* (el islam es la solución).

¹⁸ La *Hermanidad Musulmana* es un movimiento islamista creado en 1928 por Hassán al-Banna en Egipto e inspirador de otros movimientos en toda la región del MENA, inclusive en la actualidad. La misma nació como una crítica a la desaparición del Califato después de la Primera Guerra Mundial y a la adopción de regímenes políticos bajo la influencia europea, alejados de la tradición islámica.

A los cinco pilares de la religión islámica —el acto de profesión de fe (*shagada*), el ayuno (*sawn*), la limosna (*zayat*), el rezo diario (*salat*), y la peregrinación a la Meca (*hajj*)— se agregan 5 preceptos fundamentales: “Alá es nuestra meta, el Profeta nuestro modelo, el Corán nuestra Ley, la Yihad nuestra vida y nuestro deseo de ser mártires”.

Perseguidos en Egipto en la segunda mitad del siglo XX, sus métodos oscilaron entre el recurso a la violencia y la penetración silenciosa en las sociedades con acciones de asistencia social, lo cual le ha valido una gran presencia y reconocimiento a la labor dentro y fuera del país. Por ejemplo, en el actual Túnez o en la oposición siria en contra del régimen de Bashar Al-Asad. Para mayores detalles, se recomienda: Waines, David, *El Islam*, Madrid, Akal, 2008.

Cuarto, la ayuda financiera de Arabia Saudita y Qatar de aproximadamente 18 billones de dólares permitió realizar en tiempo récord obras sociales que demostraban la capacidad de gestión a la hora de dar respuestas rápidas a las demandas de la sociedad.¹⁹ Claramente, las tradicionales petromonarquías no estaban dispuestas a dejar librado al azar el futuro político de estos países: antes que la aparición de *democracias liberales* consideradas ajenas a la idiosincrasia del lugar, era preferible teñir de verde —el color símbolo dentro del Islam— el nuevo mapa político.

Por encima de todas las cosas, ambos partidos islámicos han dado señales hacia fuera y hacia adentro de constituirse como partidos políticos de centro y de querer alcanzar un compromiso por compatibilizar Islam y Democracia. Pero, la reticencia de los sectores laicos se fundamenta en que la mayoría circunstancial obtenida en el electorado coincide con una etapa refundacional de los órdenes políticos y jurídicos. En consecuencia, de ganar las próximas elecciones un partido de signo contrario, los nuevos ordenamientos actuarían como una suerte de *corsé islámico*.

A diferencia de otros procesos de transición a la democracia en el sistema internacional, en las sociedades árabes la religión ejerce un papel de gran influencia en las respectivas poblaciones, independientemente del grado de secularización que el Estado consagre. Para el mundo occidental, la Primavera significaba terminar con la excepcionalidad democrática árabe, en donde el modelo de *democracia liberal* ascética podía llegar a florecer prescindiendo de toda connotación religiosa.

Sin embargo, el Islam —con sus distintas confesiones— vela por cada uno de los órdenes de la vida, en los que se privilegia el sentido de comunidad —la *umma*— en torno a la *Fé* como criterio ordenador. De acuerdo con Jonathan Fox y Shmuel Sandler, la religión ejerce cuatro formas de influencia

primero puede influenciar la mirada que las personas tienen del mundo, cómo piensan y sus comportamientos. Segundo, es un aspecto de la identidad. Tercero, es una fuente de legitimidad, incluyendo la legitimidad política. Cuarto, está asociada a instituciones formales que pueden influenciar el proceso político.²⁰

¹⁹ La tarea social cumple un rol fundamental en la religión islámica, la cual plantea la ayuda al prójimo, al desprotegido, al que menos tiene como uno de las principales obligaciones religiosas por las que debe velar todo musulmán. En virtud que el mundo árabe coincide con el mundo islámico, es decir, lo étnico y lo religioso, son las madrazas (escuelas coránicas) y los actores sociales mencionados los que desempeñan activamente dicha función a través de un conjunto de obras: creación de escuelas, viviendas, centros deportivos, hospitales, dispensarios, entre otras.

²⁰ Fox, Jonathan y Sandler, Shmuel, *Bringing Religion into International Relations*, New York, Palgrave MacMillan, 2004, p. 2.

En el mundo contemporáneo se vuelve necesario comprender el significado que la religión posee y en este caso la islámica dentro del mundo árabe. Para Túnez y Egipto, que emprendieron un largo camino hacia la transición, los partidos islámicos plantearon que la religión determina la configuración del nuevo sistema político, jurídico y social, la cual puede estar en equilibrio con el respeto de las normas que componen el derecho internacional. Si bien la *Sharia* (ley islámica) es la ley del Estado porque brinda legitimidad e identidad al mismo, las nuevas constituciones democráticas deben inspirarse en ella como fuente primera observable e inobjetable.

De este modo, la idea de democracia islámica sostiene que el poder debe emanar del pueblo, por medio de elecciones, el Parlamento debe legislar de acuerdo con la *Sharia* y el Tribunal Supremo de Justicia debe ser el garante del orden jurídico y velar por la compatibilidad de las leyes, libertades y derechos humanos con los preceptos jurídicos religiosos. De acuerdo con la *Hermanidad Musulmana* egipcia, esto daría lugar a un Estado civil con “referencia islámica”.

Los nuevos gobiernos islámicos están sometidos a una doble presión, por un lado, los sectores laicos los acusan de haber secuestrado la Primavera Árabe e intentar llevar una “islamización” compulsiva desde arriba, es decir, desde el poder. Por el otro, la autoidentificación como partidos de centro no termina de convencer a los ultraconservadores religiosos —los salafistas— que brindaron su apoyo a los gobiernos electos para la conformación de un verdadero Estado Islámico.²¹

Estas presiones condujeron a ambos gobiernos a aplicar una alta ingeniería política con el fin de encontrar consensos en un debate político no resuelto. Por ejemplo, en lo que respecta a los derechos humanos, consideran que los tratados internacionales que versan sobre esta materia son compatibles con los valores que pregonan el Islam. Sin embargo, se genera una suerte de limbo en torno a las siguientes cuestiones:

- El pluralismo político es posible bajo la supremacía de la *Sharia*, lo cual habilita a perseguir a todo elemento disidente: grupos, organizaciones y/o partidos políticos considerados opositores. Por ejemplo, partidos de izquierda, grupos defensores de las minorías sexuales, organismos no gubernamentales defensores de los derechos humanos, etcétera.
- Libertad religiosa: se tolera la presencia de minorías religiosas

²¹ El salafismo como un movimiento dentro del Islam está integrado por una constelación de predicadores y seguidores que plantean una lectura literal y rigorista del Corán, para lo cual buscan reproducir la forma de vida del profeta Mahoma típica del siglo VII. Dentro de este grupo heterogéneo, las acciones oscilan desde el total pacifismo a la persecución de los considerados herejes con la utilización de métodos violentos.

pero no se permite la conversión hacia otra religión que no sea el Islam. La apostasía recibe a cambio la pena de muerte. Las minorías religiosas como ser los coptos en Egipto ven peligrar su situación en caso de que las nuevas normas modifiquen el status que poseían en el régimen anterior y el principio de igualdad de todos los ciudadanos.

- Igualdad de género: la mujer no goza de los mismos derechos humanos que los hombres. Tanto para el *Ikhwan* como para *Ennahda* la mujer “complementa” al hombre, no goza de la patria potestad de los hijos, no podría circular sin el acompañamiento de un hombre de la familia, no tiene derecho a solicitar el divorcio y no puede ejercer cargos públicos de gran notoriedad.
- Libertad de prensa: se la interpreta como posible siempre y cuando no contradiga los valores islámicos y las buenas costumbres. Todos los medios de comunicación, inclusive los digitales, no deben contradecir el espíritu islámico de la sociedad y deben estar bajo control de los organismos del Estado.

En el caso de Egipto, durante el proceso de ratificación de la constitución —por vía de dos referéndums— a fines de 2012, estas cuestiones no se resolvieron por la falta de consenso entre todas las fuerzas políticas. La decisión del presidente Mohamed Morsi de no dilatar más las discusiones con los partidos liberales y dar por concluida la redacción de la misma, dio como resultado una Ley Fundamental de contenido islámico genérico. En el texto se consagra al Corán como “fuente principal de toda legislación” y se deposita —a pedido de los grupos salafistas— la interpretación absoluta de los principios que de ella emanan en la religiosa Universidad de Al Azhar.

En el caso de Túnez, el peso de los sectores seculares condujo al líder Rashid Gannushi a conformar un gobierno tripartito con dos partidos laicos, lo que explica menciones también genéricas al Islam sin explicitar las cuatro cuestiones antes mencionadas. Sin embargo, han sido los salafistas quienes se han prometido “islamizar” compulsivamente a la sociedad, haciendo cumplir de facto con los preceptos religiosos. Actuando en la vida cotidiana como bandas que se identifican por el uso de la barba crecida en los hombres, se castiga a las mujeres que visten de manera occidental, se quemaron bares que expiden en los centros turísticos bebidas alcohólicas, y se persigue toda manifestación artística alejada de las buenas costumbres.

Por tal motivo, la transición es un largo camino que emprendieron hace dos años los países que atravesaron por la Primavera Árabe. Algunos con mayor ímpetu pero no por ello exento de obstáculos, tensiones e interrogantes que aún no se disiparon en torno al pulso de la naciente democracia islámica.

5. CONSIDERACIONES FINALES

No caben dudas que los acontecimientos seguidos con el inicio de la Primavera Árabe alteraron el mapa de la región. Por primera vez, fueron las respectivas sociedades civiles las que en condiciones de un profundo malestar económico-social dijeron basta a años de humillaciones. Las poblaciones se movilizaron pidiendo el fin de los antiguos regímenes incapaces de responder a las demandas, cifrando sus esperanzas en un “cambio” que debía ser político. La pérdida del miedo se manifestó en las calles, en las plazas, es decir, en el espacio público que era percibido como de “todos” y se trasladó a los gobiernos, que tuvieron que improvisar medidas incluso a costa de la vida de su propia gente.

Las imágenes transmitidas en vivo y en directo mostraban a la comunidad internacional y al resto de los países árabes que el soberano era el pueblo y como tal, quería participar y ser protagonista de los destinos del país. Esta situación significaba el fin de la “excepcionalidad democrática” pero sólo en una parte del mundo árabe. Las petromonarquías permanecieron prácticamente inalteradas y siguieron paso a paso los acontecimientos de los regímenes presidencialistas de corte hereditario que llegaban a su fin, preocupadas por la potencial amenaza que significaba el día después.

La Primavera Árabe puso fin a los regímenes que tenían la particularidad de ser seculares e inició un largo camino de transición hacia una democracia adjetivada, una democracia islámica. El retorno de la religión a la escena de lo público reviste una gran singularidad en el mundo árabe como fuente de legitimidad del proceso político en la conformación de los nuevos regímenes. Por tal motivo, han sido una constante las declaraciones de los partidos religiosos sobre la compatibilidad de la democracia y el Islam que se intenta alcanzar. Empero, las tensiones en torno a la misma no se disiparon. La religión es un fenómeno identitario que diferencia a un *nos* con relación a los *otros*, por ende la pluralidad democrática no queda clara para las minorías en general o los partidos políticos no islámicos.

En un régimen democrático, la pluralidad permite reconocer el derecho de las minorías y entender que las mayorías pueden ser circunstanciales en el juego de la vida política. Por eso, la prueba de fuego pasa por la alternancia en el poder y el respeto hacia el adversario político, en caso de ganar las elecciones limpias y transparentes alguno de los partidos de la oposición. En el contexto de una nueva cultura política, se hace necesario también alcanzar un consenso acerca de la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil, con el fin de evitar una salida autoritaria entre los diferentes actores.

Asimismo, un régimen democrático vela por el cumplimiento de los derechos humanos, como la igualdad de género —que no está asegurada por la implementación de la noción de complementariedad bajo la interpretación

islámica— o la libertad de prensa —que fue una de las primeras en no cumplirse aplicando las mismas leyes de control de los regímenes depuestos sobre los medios de comunicación—.

Como se sostuvo líneas más arriba, los procesos de transición tienen un punto de partida e indefectiblemente uno de llegada, en un camino de marchas y contramarchas que requieren de una transformación socio-cultural. No es fácil el largo camino que emprendieron Túnez y Egipto, con la presión de los actores nacionales e internacionales para alcanzar la normalidad política. Recién dos años pasaron desde que se inició la transición, y la experiencia demuestra que luego de transcurrida una década se puede hablar de una consolidación democrática.

Mientras tanto, por error u omisión las amenazas acechan. La agenda de los partidos religiosos se concentró en la dimensión política como hito transformador de una democracia compatible con el Islam. Sin embargo, carecen de una propuesta económica alternativa y de un modelo de desarrollo que pueda erradicar las causas objetivas del malestar que dio, también, origen a las manifestaciones.

En perspectiva, ingresar al otoño debería ser interpretado como el tiempo de la consolidación democrática y no como una estación de transición hacia un nuevo invierno gélido en el mundo árabe.

6. REFERENCIAS

- Alccaro, Ricardo y Haubrich-Seco, Miguel, *Re-Thinking Western policies in light of the Arab Uprisings*, Roma, Edizioni Nuova Cultura, 2012.
- Diamond, Larry, “Los Obstáculos a la Democracia en los Países Árabes”, *Journal of Democracy en Español*, Chile, volumen 3, julio de 2011.
- Fox, Jonathan y Sandler, Shmuel, *Bringing Religion into International Relations*, New York, Palgrave MacMillan, 2004.
- Fukuyama, Francis y Mac Faul, Michael, “Should democracy be promoted or devoted?”, *The Washington Quarterly*, Washington, volume 31, No. 1, Winter 2007.
- Goldstone, Jack, “Understanding the Revolution”, *Foreign Affairs*, volume 90, No. 3, may-june 2011.
- Huntington, Samuel, *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, USA, Norman, University of Oklahoma Press, 1991.
- Informe de Desarrollo Árabe Humano 2004*, New York, PNUD, 2005. Disponible en: http://hdr.undp.org/en/reports/regional/arabstates/RBAS_ahdr2004_EN.pdf
- Jacquard, Roland, *En nombre de Osama bin Laden. Las redes secretas del terrorismo islámico*, Buenos Aires, Salvat, 2001.
- O'Donnell, Guillermo y Schmitter, Philippe, *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010.
- Richards, Alan, “Democracy in the Arab region: getting there for here”, *Middle East Policy*, Washington, volume XII, No. 2, 2005.
- Waines, David, *El Islam*, Madrid, Akal, 2008.